

La Navarra de mi hermano

PÍO CARO BAROJA

El vínculo de mi hermano Julio con Navarra ha sido muy fuerte desde su infancia. Mi madre era navarra de nacimiento y siempre presumió de ello. Julio, nacido en Madrid, desde niño anhelaba estar en Vera, era una liberación que ha sentido toda su vida, llegar al paraíso de Itzea con sus libros y todo el recuerdo de los seres queridos.

En Vera jugaba con sus amigos, fue al colegio de los escolapios y oyó a los viejos contar historias de brujas y aquelarres, a la vez que vivía en un ambiente rural. Labores, aperos, trabajos artesanos, configuraron su conocimiento de la vida desde la infancia.

Los días de lluvia eran para él muy singulares, la chiquillería del barrio se refugiaba a jugar en el portal de Itzea, luego, al atardecer, arrullado por el paso constante del agua en el arroyo Xhantelerreca, recorría solitario la biblioteca de Itzea. Al anochecer, junto al fuego, oía los cuentos de mi abuela y escuchaba a sus tíos hablar de arte, de literatura o filosofía. Era un aprendizaje diario que le iba dejando su poso cultural, un sustrato natural rico en elementos que fue completando con sus aficiones y gustos. El ver pintar, el ver a su tío Ricardo llevar la mano o mezclar los colores, el oír fantasear, el ver escribir a diario inclinado sobre unas cuartillas a Pío, eran cosas naturales en el pasar de los días. Fue fácil para él el hacerlo, era lo visto, lo aprendido, lo que llevaba dentro.

No es de extrañar que sus primeros escritos y sus primeros dibujos fueran sobre temas cercanos a ese ambiente. Los *Tres estudios etnográficos relativos al país vasco* son un adelanto, un germen, de su posterior obra.

El estudio lleva la fecha de 1934 y fue impreso en los talleres de Rafael Caro Raggio, nuestro padre. Lleva un prólogo de don José Miguel de Barandiarán y abundantes dibujos y fotografías.

El primer apunte es sobre *Las lamias vascas y otros mitos*. Son naturalmente, las lamias que ha visto representadas en los escudos de las casas de Bertizarana con un espejo y un peine en cada mano las que le han despertado ese interés por el tema. El segundo estudio es sobre *La casa en Lesaca*. Es interesante porque por primera vez está ilustrado con dibujos de casas, fachadas, aleros y motivos ornamentales. Son dibujos muy ajustados, muy

limpios, de los que en años sucesivos y a lo largo de su vida haría varios cientos. El tercer estudio es *Sobre particularidades etnográficas de la cuenca del Bidasoa*, un trabajo leído en Vitoria el día 6 de septiembre de 1933. Tenía Julio diez y nueve años. Los tres son una especie de semilla de otras publicaciones mucho más extensas que haría años después. Pero lo más importante es señalar que marcan una predilección por determinados temas, el del mundo mágico, el de las estructuras sociales y el de las sociedades peculiares.

El librito, como digo, fue prologado por don José Miguel de Barandiarán con el que había trabajado como ayudante en las excavaciones de Carranza, junto con otro gran personaje de la antropología, don Telesforo Aranzadi y Unamuno. Aquella experiencia fue también definitiva porque, aparte de congeniar con los dos maestros, se internaba en substratos profundos del conocimiento del hombre; ya no eran los aperos, las casas, los mitos, las leyendas y las historias sino residuos arcaicos de un hombre más primitivo. Con aquella experiencia Julio comenzaba a abrir un arco de conocimiento de la vida del hombre que abarcaba desde la prehistoria al mundo presente. Julio vivió estos momentos de aprendizaje con los dos maestros apasionadamente, tanto es así que cuando vuelve de Carranza su entusiasmo por la arqueología es tan grande que con su tío Ricardo, siempre dispuesto a toda clase de aventura, proyectan excavar la cueva de Zugarramurdi. Para ello Ricardo compra una enorme tienda de campaña, candiles de carburo, escalas de cuerda, colchonetas de aire y otros útiles de trabajo que van deteriorándose en el zaguán de Itzea como testimonio de una ilusión juvenil deshecha por la guerra civil. El proyecto no se realiza, la guerra rompe ilusiones y vidas y cambia derroteros marcados.

Durante los años siguientes, 1936-39, Julio se refugia en la lectura. Son años de penuria económica y de tristezas. Julio lee, dibuja y toma notas. Son tres años que le cargan de sabiduría. Definitivos podríamos decir, para su acervo cultural, porque lee Historia, Filosofía, Etnografía, Arte, todo. Para ello cuenta con la biblioteca del tío Pío. Doce mil volúmenes en aquellos años. A las noches, junto al fuego, sigue oyendo la tradición oral de los personajes del pueblo, Fillipo, Perico Beltza, Isidora Echegaray de Óiz, enriquecen su mundo mágico con sus historias.

La biblioteca de Itzea es su lugar habitual de trabajo, allí pasa tres años, embebido, inhibido de un mundo agrio y peligroso. Tres años de lecturas seguidas, sin parar, le dan un conocimiento bibliográfico desconocido. Allí detrás del escritorio de Pío Baroja, a espaldas del mueble en que escribió parte de las *Memorias de un hombre de acción*, se encuentran abundantes libros relacionados con el país, toda la filosofía del siglo XIX, su historia y tres o cuatro libros de especial relevancia relacionados con Navarra. En la estantería pegada a la ventana desde la que se ve la torre de la iglesia de Vera, se ven los lomos gruesos de *Los anales de Navarra*, de Favyn. Y cercano un libro de especial interés para el pensamiento científico, escrito por el médico navarro Huarte de San Juan en el siglo XVI; *Examen de Ingenios* es su título, libro que leyó Julio con pasión al ser tan admirado por su tío Pío por su sencillez, su gran observación y sus intuiciones geniales.

Por si fuera poco, en el ángulo de enfrente de la biblioteca se apiñan unos con otros, encuadernados en pergamino, toda una colección de libros sobre magia, hechicería y procesos de inquisición sobre brujería del país. Allí, de aquel ángulo del salón saldrían volando como brujas ideas para

otros estudios sobre vidas humanas extrañas y atormentadas. Julio con aquellas lecturas iba acumulando un saber inusual, por eso al volver a Madrid en 1939 y hacer la licenciatura y el doctorado no tiene nada de extraño que obtenga dos premios extraordinarios.

Pero Julio no se quedó en ser un erudito, un ratón de biblioteca dedicado a rellenar fichas y a empollar notas. Julio ha completado esta visión del sabio con otras propiedades y quehaceres. Aparte de ser un dibujante magnífico, minucioso y hasta jocoso, ha vivido en constante contacto con la tierra, ha hecho cientos de apuntes y miles de notas de campo recorriendo Navarra y España en todas direcciones. Probablemente conoce casi todos los pueblos de Navarra y es capaz de recordar y dibujar casas, torres, palacios y siluetas. Y en esto es también único porque ha unido saber de vidas e historias a un mundo plástico, visual, excepcional por el valor documental. Aquellos dibujitos de *La casa en Lesaca*, aquellos otros dibujos infantiles relacionados con leyendas y canciones, aquellos sombreros y tocados cuneiformes que hizo de niño, aquellos trajes de los pueblos de España que coleccionó siendo el director del museo del Pueblo Español, forman un acervo cultural plástico inigualable. En esto es único y quizá irreplicable.

En su caminar sobre Navarra, a través de libros, estampas, fotografías, eras y hayedos, tuvo un buen compañero de viaje que comprendió el conocimiento y el valer de Julio. Me refiero a otro navarro para el que quiero aquí un recuerdo, don José Esteban Uranga, director de la Institución Príncipe de Viana, además de tener un enorme amor hacia esta tierra, tenía la fuerza, el ímpetu de querer conservarla hasta en su última piedra. Don José Esteban hizo partícipe a Julio de esta ilusión y gracias a su empuje personal de gran empresario de la cultura se realizaron obras que hoy día son testimonio de aquel patrimonio. Gracias a él Julio pudo desarrollar viejos proyectos, ampliar conocimientos, completar viejas ideas. Su obra en germen, fue desarrollada y fue tomando cuerpo. *La Hora navarra del XVIII*, fue editada por la Institución Príncipe de Viana en 1969, luego vendría la *Etnografía navarra* (1971) y *La casa en Navarra* (1972). ¡Qué lejos quedaban aquellos tres estudios juveniles y sin embargo qué cerca estaban en la misma idea!

En este trabajar por conservar hasta la última piedra yo participé con el mismo entusiasmo: filmé *La Javierada*, para la Segunda Cadena de TVE, después *El Románico Navarro*, quince días de trabajar día y noche, *El paloteado de Cortes* que renacía con trajes nuevos y *El Carnaval de Lanz* ya perdido a causa de la prohibición de celebrar la fiesta. Allí, en la vieja posada de Lanz, con paciencia, reconstruimos la fiesta con los viejos del pueblo que aún la recordaban. Hacía ya treinta años que no se celebraba, los mozos no tenían ni idea de qué se trataba, y para animarles y convencerles tuvimos que pagarles tres o cuatro comidas, seis mil pesetas de mi bolsillo, pues no estaban dentro del escaso presupuesto. Allí estábamos don José Esteban, Julio y yo con el chistulari Silveti y los viejos, tarareando sus sones. Luego llegaron algunos amigos de Pamplona a ver el rodaje. Para completar la fiesta les regalé el juicio de Miel Otxin que había leído que se celebraba antaño. Ahora está dentro de *Navarra, las cuatro estaciones*. Y ahí queda.

Para qué seguir. Julio con su boina, con su abrigo, con una libreta y un lápiz ha recorrido Navarra varias veces. Le recuerdo entre la nieve en Lanz, entre la bruma en el Orhy, sobre una almadía en Burgui, con un sombrero roncalés, bebiendo vino en Cintruénigo, allí en Chivite, bailando la jota en

Vera o el pasodoble en Lesaca, en la cripta de Leire, en la capilla de Olleta, huyendo del cura en Sangüesa, y en mil sitios más. Siempre en Navarra, siempre preguntando, dibujando, apuntando. Aquí en Itzea hay docenas y docenas de libretas con apuntes escritos con letra aguda y fina.

Julio ha abierto en el campo de la etnografía caminos desconocidos, su gran preparación científica le ha ayudado a plantear y a estudiar aspectos de la vida del hombre no abordados, así ha abierto un amplio camino en la investigación de grupos sociales peculiares, agotes, judíos, vascos, moriscos, saharauis, que se han estructurado en formas sociales particulares. Julio ha desbrozado viejas ideas, y ha hecho síntesis y reducciones de vidas dispersas. Ha abierto anchas vías en los viejos caminos de herradura por los que podrán caminar los investigadores del futuro.

En este conservar hasta la última piedra, se incluía el proyecto del Museo Etnográfico de Navarra, ahora una realidad en el Monasterio de Irache. Recuerdo muy bien las salidas de Julio en busca de objetos para formar el embrión del museo. Recuerdo la llegada de los campesinos y amigos trayéndole de regalo layas, yugos, ruelas, barricas y trébedes que descargaban de los viejos carros de vacas a la puerta de Itzea, que algunos desenganchaban allí mismo para dejarlos:

-Aquí te traigo estos trastos, Julio. A mí no me sirven para nada, la mujer quería quemarlos y me he acordado de ti, para el museo- le decían descargando un viejo arado apolillado.

Aquí, en el portal y en la cuadra de Itzea se iban amontonando. Muchas veces había que ensamblar una pieza, colar un astil, completar una rueda, limpiarlos de polvo y matar la polilla. A todo esto se dedicaba Julio. Si la pieza era rara le hacía un dibujo. Recuerdo también que el dinero que le asignaron para la compra de objetos se gastó en transportes, pues la mayoría de aquellos «cachibaches» se los regalaron. Luego viajó entre gitanos y chamarileros para ir rescatando piezas y completar colecciones.

Pero Navarra no se olvidó de este esfuerzo, en 1984 fue nombrado Hijo Adoptivo y le impusieron la Medalla de Oro de Navarra. Ahora, este año, han completado las mercedes otorgándole el Premio Príncipe de Viana de la Cultura, y dando su nombre al Museo Etnológico de Navarra. Otro sueño cumplido.

Julio es, hoy por hoy, el único navarro, el único español, que ostenta dos galardones principescos, igual que nuestro Príncipe de España. Porque es Premio Príncipe de Viana y Premio Príncipe de Asturias. Tales honores son pagos que a veces la sociedad hace injustamente, no en el caso de mi hermano Julio. Navarra le debía mucho y ha sido justa con él.

Para terminar recordaré que cuando le nombraron miembro de la Real Academia de la Historia, en una de las tardes que pasó en su maravillosa biblioteca, leyó con pasión *La Crónica de los Reyes de Navarra*, escrita por el Príncipe de Viana y repitió su lectura en la Biblioteca de la Real Academia Española cuando le hicieron miembro de ella. La figura del desgraciado Príncipe siempre figuró en su vida, quizá como una sombra bondadosa de sensibilidad y tragedia. ¡Qué bonito y qué hermoso estar unido a semejante personaje!

Itzea, mayo de 1995

LA NAVARRA DE MI HERMANO



Julio Caro con su hermano Pío en Madrid, bajo los cuadros de su tío Ricardo.